



**Anunciación - William Hole**

*A los seis meses, Dios mandó al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea llamado Nazaret, donde vivía una joven llamada María; era virgen, pero estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José, descendiente del rey David. El ángel entró en el lugar donde ella estaba, y le dijo: “¡Salve, llena de gracia! El Señor está contigo”. María se sorprendió de estas palabras, y se preguntaba qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: “María, no tengas miedo, pues tú gozas del favor de Dios. Ahora vas a quedar encinta: tendrás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será un gran hombre, al que llamarán Hijo del Dios altísimo, y Dios el Señor lo hará Rey, como a su antepasado David, para que reine por siempre sobre el pueblo de Jacob. Su reinado no tendrá fin”.*

*María preguntó al ángel: “¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo con ningún hombre?” El ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Dios altísimo se posará sobre ti. Por eso, el niño que va a nacer será llamado Santo e Hijo de Dios. También tu parienta Isabel va a tener un hijo, a pesar de que es anciana; la que decían que no podía tener hijos, está encinta desde hace seis meses. Para Dios no hay nada imposible”. Entonces María dijo: “Yo soy esclava del Señor; que Dios haga conmigo como me has dicho”. Con esto, el ángel se fue. (Lucas 1, 26-38).*

Hoy las lecturas bíblicas se centran en la Encarnación. En el griego bíblico el término *sarx* (carne) se emplea metafóricamente para indicar la naturaleza humana. En Jesús la Palabra o Verbo de Dios se hizo carne, y en este misterio de Dios hecho hombre se cumplió hace poco más de 20 siglos la promesa divina anunciada mil años antes de Cristo al rey David y relatada en la 1ª lectura (II Samuel 7, 1-16). En la 2ª lectura, (Romanos 16, 25-27) Pablo invita a recibir con fe la revelación de Dios realizada plenamente en Jesucristo. Y el Evangelio (Lucas 1, 26-38) nos muestra la disponibilidad de María para que se realizara a través de ella el misterio de la Encarnación.

### **1.- En el misterio de la Encarnación, Dios cumple su promesa hecha al rey David**

Los profetas de Israel anunciaron que vendría enviado por Dios un *Mesías*, palabra que en hebreo significa *Ungido* y que corresponde al término griego *Cristos*. Este Mesías o Cristo descendería del rey David, a quien Dios le había hecho una promesa por medio del profeta Natán, descrita así en el II libro de Samuel: “*Dios el Señor lo hará Rey, como a su antepasado David, para que reine por siempre... Su reinado no tendrá fin*”.

En el Evangelio encontramos un eco de esta promesa, en la cual se fundaba la esperanza de los creyentes en un Dios que los libraría de las múltiples formas de violencia que padecían gracias a su presencia salvadora en la historia humana, una presencia que iría mucho más allá de lo que se significó antiguamente con el templo, en el que se guardaba el arca de la alianza, un cofre que contenía los mandamientos proclamados en tiempos de Moisés para simbolizar el pacto de Dios con su pueblo.

### **2.- María, modelo de disponibilidad, es elegida por Dios para cumplir su promesa**

En el anuncio del misterio de la Encarnación hecho a María, tal como nos lo presenta el relato del Evangelio empleando simbólicamente la figura del *ángel* o mensajero de Dios cuyo nombre -*Gabriel*- significa “*Dios se ha mostrado fuerte*”, “*mi fuerza es Dios*”, o “*Dios me ha fortalecido*”, vale destacar la actitud de María, quien precisamente confiada en la fortaleza que Dios le da y en que para Él “*nada hay imposible*”, manifiesta su completa disponibilidad para que se realice en ella lo que el Señor quiere: “*Yo soy la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra*”.

En este tiempo del Adviento que termina con los días inmediatamente anteriores a la fiesta de la Navidad, somos invitados también nosotros a manifestar nuestra disponibilidad para que se cumpla en nuestra vida lo que Dios quiere, dando así testimonio de su presencia liberadora y salvadora. Porque el misterio de la Encarnación de Dios no es sólo un hecho sucedido hace poco más de 20 siglos, sino un proceso iniciado desde la creación del ser humano “a su imagen y semejanza”, que si bien llega a su plenitud con la concepción de Jesús en el seno de María, con su nacimiento y con su vida entregada por nosotros en la cruz y glorificada en la resurrección, continúa aconteciendo en toda persona que se abre a la Palabra de Dios y la pone en práctica.

### **3.- Nosotros somos invitados a proclamar la revelación de Dios en Jesucristo**

Este es precisamente el contenido esencial de nuestra fe: Dios se reveló plenamente en Jesucristo, cuyo nacimiento como Dios hecho hombre nos preparamos a celebrar. En Él, como escribe san Pablo en su carta a los Romanos, *se ha manifestado el misterio mantenido en secreto durante siglos*, y desde entonces la misión de todo el que cree en este misterio de la Encarnación es proclamarlo no sólo de palabra, sino con el testimonio de nuestra propia vida.

¿Estoy realmente dispuesto a recibir en mi vida la Palabra de Dios hecha carne, para que toda mi existencia sea una manifestación nuevamente encarnada de Dios en el mundo?  
¿Qué he hecho y qué debo hacer para que en mi vida reacontezca el misterio de la Encarnación y haya una verdadera Navidad?

Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón a la Palabra de Dios hecha carne, escuchándola y disponiéndonos a que se realice en nosotros su voluntad. Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón al Señor, que viene a nosotros para hacerse presente en la Eucaristía y alimentarnos con su cuerpo y su sangre en la comunión. Hay Encarnación y Navidad en nuestra vida cuando abrimos la mente y el corazón a nuestros prójimos, especialmente a los más necesitados, compartiendo con ellos la mesa de la creación y poniéndonos al servicio de ellos en la búsqueda activa de una sociedad justa y en paz, en la que todos convivamos de verdad como hermanos.-